



El ministro de Finanzas, Evangelos Venizelos, izquierda, con el primer ministro griego, George Papandreu, ayer en la rueda de prensa. / ARIS MESSINIS (AFP)

Grecia aprueba una nueva subida fiscal a la desesperada para evitar la quiebra

Atenas anuncia un impuesto inmobiliario y baja el sueldo a los altos funcionarios

CLAUDI PÉREZ
Madrid

En las calles de las grandes ciudades griegas hay cada vez más malestar. En Europa y en Washington, más y más dudas sobre el cumplimiento de los objetivos de déficit de Grecia, sobre si hay que seguir prestando ayuda y, en definitiva, sobre las posibilidades de Atenas de evitar la bancarrota. En medio de una recesión profunda y de una tensión social y financiera que amenaza derribo, el Gobierno socialista de Yorgos Papandreu anunció ayer el enésimo paquete de medidas, prácticamente

a la desesperada, para tratar de evitar a toda costa la quiebra. Más de lo mismo: subida de impuestos y recorte del gasto para tratar de ingresar 2.000 millones en sus maltrechas arcas públicas. Papandreu presidió una reunión extraordinaria de la que salió con un nuevo impuesto para todos los dueños de cualquier propiedad inmobiliaria, que se aplicará este año y el próximo. La Hacienda helénica cobrará a los propietarios (a través de las facturas de la luz) una media de cuatro euros por metro cuadrado, en una amplia horquilla que va desde el medio euro en las zonas más

pobres a los 10 euros por metro cuadrado en las más pudientes del país. Además, los políticos y altos funcionarios se verán obligados a renunciar a una paga mensual: esas dos medidas suman los citados 2.000 millones, que permitirán —en principio— solventar parte del agujero en las cuentas públicas. Atenas trata así de salvar el nuevo tramo de las ayudas de la UE y del FMI, imprescindible para seguir pagando las facturas. “Hay que hacer un esfuerzo nacional”, dijo el ministro de Finanzas, Evangelos Venizelos, en Salónica. Papandreu participó también de esa versión grie-

ga del churchilliano sangre, sudor y lágrimas y llamó a sus conciudadanos a “hacer lo que sea necesario para poner otra vez en pie el país”. Las reacciones de Bruselas no tardaron. El comisario de Asuntos Económicos, Olli Rehn, dijo en un comunicado: “Las decisiones de Atenas suponen un avance para cumplir los objetivos fiscales”. Alemania mantiene las espadas en alto. Berlín prepara un plan de recapitalización de sus bancos por si Grecia suspende pagos, y ayer el ministro de Economía, Philipp Roesler, echó más leña al fuego al considerar que un

impago ordenado de Grecia “no debe ser tabú”. El FMI ha convocado una reunión para el miércoles ante las dudas acerca de las posibilidades de que Grecia cumpla con lo prometido. El divorcio entre Atenas y la Troika (los enviados del FMI, la Comisión Europea y el BCE) se hizo patente hace unos días, cuando el Gobierno helénico se plantó y amagó con incumplir los acuerdos suscritos en la cumbre del pasado julio, que daba más dinero a Grecia a cambio de un ajuste aún más duro. Rehn también quitó ayer hierro en esta cuestión. “Una vez que Grecia cumpla las condiciones, espero que la revisión de la Troika pueda terminar a finales de septiembre”, dijo. Ante la recesión galopante, en los mercados se llegó a dar por hecha la suspensión de pagos. Pero Atenas ha dado marcha atrás. “Grecia ha dado su brazo a tor-

Bruselas dice que estas medidas “son un avance para cumplir objetivos”

cer y ha atendido las demandas del FMI y de sus socios: más ajustes si quiere seguir recibiendo fondos. Así ha sido siempre con los programas del FMI. Sin ese dinero, Atenas estaría condenada al impago y podría provocar un accidente en la zona euro”, explicó en Washington Ángel Ubide, del Peterson Institute. “La batalla por poner en marcha el ajuste pactado en julio [con fuertes recortes y un exigente calendario de privatizaciones] es ahora lo más importante”, dijo Papandreu, cuyo Gobierno podría gravar los depósitos de los griegos en Suiza, tras una huida de capitales que ha dejado muy tocados a sus bancos. Mientras, las protestas en la calle suben de tono por el ajuste. “Grecia atraviesa la peor crisis desde la II Guerra Mundial, y las condiciones impuestas por el FMI y la UE, que han profundizado aún más la recesión, alientan un estallido social sin precedentes”, vaticinó el economista Costas Lapavistas.

El otro lado

ANÁLISIS
Santiago Carbó

Ya son muchos meses jugando con fuego y, finalmente, Europa tiene el fantasma del *default* griego ante sus narices. La falta de decisión política e institucional procede, en gran parte, del desequilibrio entre los dos principales elementos que compondrían un acuerdo estable de resolución: la existencia de garantías y soporte institucional que proteja la deuda europea de ataques especulativos, por un lado, y, por otro, un compromiso firme y creíble de austeridad fiscal, en particular de los países cuya deuda está más amenazada. Dependiendo del énfasis que se le está dando a uno de estos dos elementos en detrimento del otro, han aparecido dos bloques en la eurozona que chocan entre sí —las dos dimensiones del BCE de este año parecen reafirmarlo—, y es necesario que aproximen posturas y pronto. Lo que está en discusión es

con qué garantías cuenta la deuda europea y cómo puede reforzarse ese soporte para ahuyentar a los especuladores. ¿Quién cierra el círculo vicioso de las demandas de los dos lados del ansiado gran acuerdo europeo? Conviene reconocer que ese contrato que los países europeos tratan de negociar no se consigue materializar, en buena medida, porque el compromiso *al otro lado* de las garantías es débil. Ese *otro lado* debe mostrar claramente su responsabilidad fiscal que, en el momento en el que estamos, pasa ineludiblemente por una cesión de soberanía o una aceptación de límites y reglas estrictas para la estabilidad presupuestaria. El problema es que el compromiso de ese lado no está resultando creíble simplemente porque ya, a corto plazo, no se está cumpliendo, principalmente en Grecia. Tal vez también, cierto es, porque la sogas es corta y en Atenas hay poco o ningún margen de acción, algo sobre lo que también cabe reflexionar.

Europa es la gran empresa en la que los tenedores de bonos de sus países miembros no tienen lógicamente derechos políticos. Pero si el bono pierde su esencia, su seguridad, se ha de procurar algún tipo de “convertibilidad”, de modo que los tenedores exijan que la empresa amenazada que

La sogas es corta y en Atenas hay poco o ningún margen de acción

es hoy el proyecto del euro funcione bajo reglas fiscales más homogéneas y estrictas. Estamos ante una ordenación de prioridades excepcional que requiere medidas excepcionales para pasar a un orden de intereses distinto y ahí es donde la mayoría de los países chocan con la cesión de soberanía.

nía. Hay que evitar el unilateralismo como el que apuntaba el rumor de que Alemania tenía un plan para recapitalizar sus bancos ante el *default* griego. No todo es criticable *en ese lado* ya que, por ejemplo, la Constitución alemana contempla la posibilidad de ceder soberanía a Bruselas, que ha sido ratificada en la esperada decisión del Tribunal de Karlsruhe. Contrasta, por ejemplo, con el fuerte debate que ha habido en España con la reciente reforma constitucional para la estabilidad presupuestaria. La cesión de soberanía es aceptar realmente que queremos más Europa. El objetivo es contar con un compromiso fiscal tal que la amenaza de rescates de países europeos se vea como lejano y muy improbable y que a la vez permita un calendario de ajustes más realista y compatible con un soporte social y un apoyo esencial al crecimiento y la recuperación. Es fundamental dar pasos determinantes en esta dirección de inmediato. Más vale actuar y equivocarse que quedarnos quietos esperando el desastre.

Santiago Carbó, es Catedrático de Análisis Económico de la Universidad de Granada.